

Una aurora no basta para separar el sexo del seso

POR MARIO BERNARDO FIGUEROA*

Pilar González Rivera, *"De parir son capaces todas las mujeres, de matar a sus hijos, no"*. Pilar González Editora, Bogotá 2005.

En uno de sus seminarios Lacan presenta a la madre como una potencia voraz, especie de cocodrilo a punto de cerrar la bocota para devorar a su prole¹. Esta figura nos resulta extrema, representa un horror que no queremos admitir y que preferimos mantener en lo más profundo del olvido.

En Madrid, el 9 de junio de 1933, Hildegart Rodríguez, quien con sólo 18 años tenía ya en su haber el título de abogada y una carrera de intelectual y líder de movimientos de izquierda, es asesinada por su madre, doña Aurora Rodríguez Carballeira. La madre asesina, una vez cometido el acto, envuelto en una serie de elementos que tenían visos rituales, se dirigió a la residencia de un prestante abogado madrileño para ponerse en sus manos, pidiéndole que se hiciera cargo de su defensa ante la justicia de los hombres.

Con estos pocos elementos muchas preguntas surgen ya: obviamente, las que conciernen al crimen, a sus móviles: no es nada frecuente que una madre dé muerte a su hija. Pero también

aquellas que atañen a la víctima, al hecho de que a tan corta edad hubiera alcanzado gran notoriedad y prestancia intelectual. Por mucho tiempo, con una precocidad asombrosa, aprendió todo de su madre: a los 7 meses las primeras letras, a los 8 a hablar, a los 22 obtiene un certificado oficial como dactilógrafa; antes de los diez años domina perfectamente varios idiomas: francés, inglés y latín, y traduce del alemán, italiano y portugués. A los 14 es traductora del escritor H.G. Wells, de quien se hará amiga, lo mismo que del famoso sexólogo Havelock Ellis, con quien compartirá muchos espacios ya que, además de fundar la Liga para la Reforma Sexual, será la secretaria de esta institución. No es exagerado decir que varios de los más destacados intelectuales del hervidero político e intelectual que fue el período de entre guerras, estaban fascinados con la personalidad de esta mujercita que en su corta vida logró escribir varios libros y muchos artículos aún hoy dispersos.

Más allá de los concursos y diplomas que ganó en el campo de la literatura desde los 11 años, sus ideas y luchas estaban centradas en la liberación de la mujer, la promoción de la eugenesia desde una perspectiva socialista, defendiendo las tesis del aborto, la eutanasia y la vasectomía. Integrante activa de la Federación de Juventudes Socialistas de España desde los 14 años, escribe sobre antimilitarismo; sus discursos revolucionarios llegaron a generarle procesos judiciales en su contra. Defensora de los débiles y oprimidos, como se consideraba a sí misma, se dedicó a actividades propagandísticas mediante conferencias en sindicatos

* Profesor de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia.

¹ Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, libro 17, El reverso del psicoanálisis, 1969-1970*, Paidós, Barcelona 1992, p. 118.

y grupos de campesinos, pescadores y obreros. Popular ya en los medios de comunicación como la “virgen roja”, a los 17 años es expulsada del Partido Socialista en donde sus críticas no fueron de buen recibo, y comenzó también a tener algunas dificultades en la Liga para la Reforma Sexual con Bases Científicas.

No es fácil discernir qué parte de estos logros correspondían a Hildegart y cuáles a doña Aurora, la madre. Ésta parecía dotada del don de la ubicuidad con relación a la hija. Según algunos testimonios, no la dejaba sola ni para hacer sus necesidades, acompañándola a las instituciones educativas, a la Liga y al Partido. Salvo algunos pocos puntos, tampoco resulta evidente el reparto de las ideas, identificar las de la madre y las de la hija, y sobre varios escritos de Hildegart pesa la duda de cuál de las dos fue la autora.

“La Autora”... así gustaba rubricar sus escritos Hildegart; así apareció firmado *Caín y Abel*, el último de sus artículos, que puede ser, a todas luces, atribuible a la madre. Se trata, según el análisis de Pilar González, de la “sentencia de muerte”² de la hija, quien habría aceptado con su publicación quedar asimilada a Abel y, en consecuencia, recibir la muerte de doña Aurora, La Autora, Caín.

Esta madre se ubicaba con respecto a su hija no sólo como la autora de sus días, sino también de su muerte. Para tener la garantía de lo primero, se aseguró de excluir hasta donde pudo la participación del padre. Es por esto que tras la muerte del suyo, se dedica a buscar lo que llamó un “colaborador fisiológico”, alguien que, entre otras características, debía cumplir una esencial: que nunca pudiera reclamar la paternidad sobre su hija, con lo cual garantizaría totalmente su autoría. Una vez encontrado el hombre, se sometió por tres veces a lo que llamó “la dolorosa afrenta carnal”, buscando de nuevo otra garantía: la de no sentir ni la más mínima señal de placer. Aunque, como lo señala Pilar González, ninguna de las dos garantías la cubre totalmente y a la

postre se evidenciará un retorno en lo real de lo que aquí pretendía mantener a raya. Extrema entonces los cuidados del embarazo alejándose de experiencias desagradables y comunicándole a su hija en gestación los pensamientos propios de la magna tarea que le aguardaba: redimirse a sí misma como mujer, “lo peor de la especie humana” para, convertida así en un Jesucristo femenino, transformar a la humanidad. Al nacer, rápidamente encuentra signos de la genialidad de la bebita, entre los que destaca el hecho de que mamaba “con naturalidad, no con el deleite degenerado de los niños”³. Una vez más se hace patente el empeño que animó a esta madre toda su vida, el de mantener separado el sexo del seso. Pilar González recoge con gran paciencia la cantidad de elementos que dan cuenta de este propósito y las vicisitudes del mismo, como quiera que en sus delirios doña Aurora se verá infernalmente perseguida por el sexo.

Con todo esto, ya no nos extraña entonces que se llame la “autora de la idea”, que hable de la Hija como de “mi obra viva, preconcebida, concebida y después ejecutada, que supera mis aspiraciones”, que la presente y defienda como su creación, que considere que si bien el colaborador fisiológico le dio la vida, fue ella quien le dio el alma y, finalmente, que en el momento en que le dispara el primer tiro, sienta cómo el alma de Hildegart, amenazada como estaba de ser prostituida por los hombres que la acosaban (según doña Aurora, para utilizarla en un complot político internacional), esa alma atormentada de la hija se une con el alma suya y reencuentra su lugar originario, su paz.

Al leer este libro se recuerda la sensación que se experimenta con la lectura de *Cien años de soledad*, cuando a poco de comenzar la obra se encuentra el lector con que ya no sabe de cuál de los Aurelianos o José Arcadios se trata, y aunque en éste que nos presenta Pilar González los nombres de la parentela casi no se repiten, con frecuencia hay que recurrir al apoyo brindado por el árbol genealógico que aparece al principio. Esta sensación proviene del hecho de que en las dos obras, el incesto y el asesinato tienen un lugar central, lo cual hace que, al transgredir la Ley, todo

² Pilar González, “*De parir son capaces todas las mujeres, de matar a sus hijos, no*”, Pilar González Editora, Bogotá 2005, p. 288.

³ *Ibid.*, p. 49.

el orden se trastoque. En primer lugar, el de las generaciones: la sucesión no es posible, y en el caso de doña Aurora y su hija, a falta de la repetición de los nombres viene la de las letras, como de manera tan rigurosa lo desentraña el análisis de Pilar González. A la misma causa obedece la dificultad para determinar quién es la autora, para responder a la pregunta ¿quién habla? El problema no es siquiera quién escribió este texto y quién el otro, lo cual obviamente se podría establecer, incluso frente a algunos temas es posible determinar la diferencia de criterios entre la madre y la hija. El problema es que el sujeto, cuando surge, lo hace en la diferencia, y ésta, la diferencia, estaba completamente abolida para doña Aurora. El minucioso análisis de los delirios de doña Aurora presentados en este libro demuestra cómo ella terminó negando todas las diferencias, en primer lugar y con la mayor contundencia, la sexual, la que además da consistencia a las otras.

Pilar González muestra en esta exhaustiva investigación la facilidad y el detalle con que maneja lo que Ginzburg llamó el método indiciario, aquel que según este autor, hace al psicoanálisis próximo a las investigaciones del famoso detective Sherlock Holmes⁴. El lector encuentra esa dimensión detectivesca en este libro como en aquellos, tal vez los mejores, en los que desde el primer momento se nos dice quién es el asesino (pero no quién habla), y entonces el misterio corre por otras vías. La evocación de este género no es producto simplemente del hecho de que se trata de un asesinato y del juicio que le siguió, ni del completo tratamiento que aquí reciben los expedientes del caso, tanto los judiciales como los psiquiátricos (fragmentos claves de éstos son puestos a disposición del lector), sino que este tono se lo da el método, la forma como Pilar González teje indicios, establece asociaciones, descubre las redes de las letras que hacen de este texto una pieza valiosa para el que quiera comprender a qué se refería el ilustre psicoanalista cuando, parafraseando al Apolonio de *Hamlet*, decía que había método en la locura.

Con predominio de las referencias de Freud y Lacan, Pilar González, de manera clara, sustentada en el material, lee

⁴ Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios*, Gedisa, Barcelona 1994.

el caso desde las teorías que sobre la paranoia plantearon en distintos momentos estos dos autores. Ello no le impide recurrir con pertinencia y sin dogmatismo a tesis de psicoanalistas de otras corrientes.

El libro está dividido en dos partes. En la primera, dedicada al recuento histórico, se presenta una extensa investigación que parte de los ancestros de doña Aurora, pasa por la decisión que toma de engendrar a su hija, la forma como la educa, los logros de ésta, su figuración en los medios intelectuales y revolucionarios de la época, para llegar al “acto sublime” del asesinato y la inmediata entrega a las autoridades, con los juicios que le siguieron y que determinaron el ingreso a la cárcel y luego el traslado al manicomio, al ser declarada “inimputable”. En esta parte Pilar González recoge no sólo las biografías de doña Aurora y de Hildegart sino que devela las claves que trazan sus destinos para, en la segunda parte, consagrada al análisis del caso, exponer de manera sistemática los delirios previos y posteriores al asesinato, e integrar en la exposición los elementos teorico-clínicos de Lacan dedicando un apartado especial a su segunda teoría sobre la paranoia, centrada en las elaboraciones sobre los nudos.

El problema de la culpa y la responsabilidad de doña Aurora es tratado también con detenimiento, ya que buena parte de su vida después del parricidio estuvo dedicada a la lucha por lograr que los tribunales reconocieran su acto, no como la manifestación patológica de una “inimputable”, una enferma a la que no se le puede exigir que dé cuenta de los hechos que agencia, sino como el acto de un sujeto que exige asumir la responsabilidad por los mismos, para sostenerse como tal en este intento.

En el ámbito del psicoanálisis en Colombia, en el que no abundan los escritos sobre casos, este libro es una buena contribución para fortalecer ese espacio. Indudablemente alimentará la reflexión y el trabajo sobre la clínica y lo saludamos con entusiasmo. Resulta también interesante para el diálogo interdisciplinario, en particular con el derecho, la psiquiatría y el feminismo. Por otro lado, constituye el testimonio de un momento turbulento que marcó no sólo los destinos de España, sino de buena parte de los

países del mundo con el ascenso del fascismo y la segunda guerra mundial, preámbulo de nuestro mundo contemporáneo. La locura de esta mujer, sus delirios, marcharon durante mucho tiempo mimetizados dentro del ideario de grupos anarquistas y socialistas (también perteneció a círculos de teosofía y de masonería). Mezcla tan heteróclita no era producto únicamente de la locura de doña Aurora, es también la locura que instauró nuestra época.